

Juan Arnau

ORTEGA

contra el racionalismo



JUAN ARNAU

ORTEGA
CONTRA EL RACIONALISMO



© Juan Arnau Navarro, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Preimpresión: Safekat, S. L.
Diseño de cubierta: Apéritif Studio

ISBN: 978-84-670-7558-8
Depósito legal: B. 22.243-2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.



Índice

PRELUDIO	9
I. VIDA Y FILOSOFÍA	17
II. PRIMEROS PASOS	63
III. RAZÓN VITAL	91
IV. EL FILÓSOFO DE LA CIENCIA	115
V. SENSIBILIDAD Y PERSPECTIVA (<i>EL ESPECTADOR</i>) ..	149
VI. EL AMOR ES LA FUERZA DE LO REAL	165
VII. EL MITO DE LA FILOSOFÍA	177
EPÍLOGO. ORTEGA Y LEIBNIZ	181

I

Vida y filosofía

La vida de un pensador, su circunstancia, siempre incide en su filosofía. Pero en el caso de José Ortega y Gasset, que hace de la vida una categoría filosófica, la biografía resulta un elemento esencial de su obra. Toda vida es un enigma tanto para el que la vive como para el que la cuenta. Ese relato, como veremos, es un aspecto fundamental de la razón histórica, que es al mismo tiempo narrativa y vital (no silogística o abstracta). La vida de cada cual es un drama o una novela. Debe entenderse desde lo narrativo, que incluye lo biológico. El cuento que uno se cuenta a sí mismo y el cuento que los demás cuentan sobre sí mismos y sobre los otros. La vida histórica es eso. Respecto a la otra, la singular e intransferible de la experiencia interior, solo cabe buscar indicios que la revelen o guardar silencio. Ortega pasa del idealismo cientifista neokantiano a un perspectivismo de sesgo antropológico, que llamaré «relacionismo» y

que se posiciona con firmeza contra el racionalismo. Ortega, como veremos, cree en la razón, dado que es un instrumento esencial para orientarse en la vida, pero descrea del racionalismo, es decir, de la idea cartesiana de que el orden del pensamiento coincide con el orden de lo real. Lo real, la emoción artística y religiosa, las pasiones, los vislumbres e intuiciones, la vida histórica en general, desbordan continuamente los esquemas de la razón pura. Hay formas sorprendentes de estar vivo. Al replicarse, la vida aprovecha errores y mutaciones, y siempre es flexible a la hora de adaptarse a nuevas circunstancias. Es capaz, incluso, de crear circunstancias que la favorezcan. Y estas son novedades que no encajan en la lógica de la razón pura. La buena razón, podríamos decir, es siempre bastarda. Es razón y vida. Una no puede entenderse sin la otra. Como diría hoy la neurociencia, cada cerebro humano es distinto del resto, tiene una configuración particular que depende de su historia, de las conexiones y asociaciones que estableció durante su formación, de lo aprendido y de su relación con el mundo. Cada cerebro tiene su propia educación sentimental. No puede entenderse sin los encuentros que depara el destino o el azar, sin los hallazgos, las coincidencias o los enamoramientos.

Ortega dijo una vez que todo lo que había hecho lo había hecho por España, y que en todos sus empeños, por fracasados que fueran, había un proyecto de país. De ahí que no se pueda abordar nuestro pensamiento filosófico sin su presencia, sin su filosofía invertebrada, cosida por las circunstancias. Una vida periodística,

profesoral, amorosa, corresponsal, llena de conversaciones, confidencias, metáforas. Ortega recuerda mucho a Leibniz y, aunque no tuvo sus princesas, gozó de la compañía de damas de alto copete, generalmente de la nobleza madrileña, que lo adoraban, con las que se confesaba y con las que mantuvo, en ocasiones, relaciones dulcinescas.

Desde su más tierna infancia estuvo rodeado de gente. Y eso que siempre consideró que un filósofo se forja en soledad. Trató con gente importante, con minorías selectas. Le sobraron discípulos y le faltó un gran amigo, un gran compañero de viaje (quizá no estaba dotado para la amistad, al verse arrastrado por un ímpetu competitivo irrefrenable). Pero también es fácil imaginarlo recluido en su despacho atiborrado de libros y papeles, con el caimán gigante colgado de la pared, el buró americano, la mascarilla de Beethoven y la escayola de la mano de Goethe. Nunca escribió los libros definitivos que se había propuesto, nunca ofreció a la posteridad el tantas veces anunciado sistema de la razón vital y la razón histórica. Toda su vida estuvo tentado de acometer el tratado, ese sistema riguroso que no logró concluir. En su lugar dejó cientos de páginas magníficas, con intuiciones certeras y apuntes sobre lo que podría haber sido y no fue. En los últimos años de su vida, radicado en Lisboa, ya era tarde. Aunque aún tuvo fuerzas para intentarlo con dos obras: *La idea de principio en Leibniz* (inconclusa y dispersa) y *Origen y epílogo de la filosofía* (dispersa). Entonces se multiplicaron los homenajes, las conferencias, los viajes y los reconocimientos.

Como figura intelectual, es valiente, brillante, irritable. Goza de una excesiva confianza en sí mismo, que le permite capear, contra viento y marea, las adversidades, las invectivas, los ataques. Y tiene, por encima de todo, lectores. A los que cuida y que le consienten (y, en general, le perdonan) sus salidas de tono, su personalidad arrolladora, sus florituras y cierta megalomanía. Coqueto, en ocasiones cursi, le gustan las diferencias, que señala con tino, y es un consumado procrastinador (pone constantemente asuntos que merecerían ser estudiados en profundidad, pero no ahora, claro está, sino en el momento oportuno). En este sentido, es un precursor de Derrida. Escribe con celeridad, derrochando un talento incuestionable. Más tarde dirá: «En *El Sol* saben que no he corregido jamás mi prosa, la cual redacto a toda velocidad». Es jovial, laico, ateo, aunque tiene oído para lo «espiritual» (no le gusta esta palabra, que le suena jesuítica). Yo diría que tiene oído para cierta cultura mental, contemplativa, no mística sino intelectual, centrada en la observación, la imaginación, la palabra precisa y la metáfora. Ortega tiene mucho de poeta, aunque no se ejercita en el género. En asociaciones y metáforas resulta inigualable. Además, es un magnífico narrador, aunque no escribe novelas. Políticamente, fue por libre y, como Unamuno, recibió palos de todos lados. Insistió en la idea de la nación y en la unidad del Estado, pero coincido con dos de sus biógrafos (Javier Zamora Bonilla y Jordi Gracia) en que nada de su actividad política durante la República y la Guerra Civil permite asociarlo, ni siquiera tangencialmente,

con el fascismo (pese a que tuviera devotos entre los falangistas y se mezclara con quien no debía, quizá debido a su querencia por las élites, las cacerías y las capeas). Eso sí, siempre estuvo marcado por una concepción elitista de la sociedad y del Estado. Una minoría selecta debía dirigir los destinos del país. Aunque nunca le gustaron los ingleses, en esto fue muy *british*. Ortega fue un liberal que descreía de una diferencia sustancial entre izquierdas y derechas. Celebró la fuerza del individuo y denunció continuamente los peligros de la maquinaria del Estado, siempre dispuesta a arruinar la frágil libertad individual. En esto fue muy norteamericano.

Todos los individuos traen su propio paisaje, aunque se hallen en un mismo medio. No todos los viajeros ven lo mismo, no todos encuentran el mismo entorno. El individuo no puede desligarse del paisaje, pues en parte el paisaje es cosa de él, aquello que pasa por el filtro de su persona, no algo externo y exterior a ella. Esta idea, que desarrollaré más adelante, es esencial para entender que el relacionismo de Ortega no es un subjetivismo, pero tampoco un objetivismo. Ortega se resiste a llamar «medio» al entorno; lo denomina «paisaje». El paisaje es aquello que existe para cada individuo, no una entidad al margen. El paisaje es la realidad de cada cual, su vida misma; el diálogo entre la mente y su contorno, entre el yo y su circunstancia.

UN FILÓSOFO INVERTEBRADO

Ortega era hijo y nieto de periodistas. Su abuelo fue redactor en periódicos del norte de Castilla y su padre, Ortega Munilla, director del suplemento literario de *El Imparcial*, el principal periódico de la España de finales del XIX. En la redacción de este diario, su padre conoce a la hija del propietario y fundador, Dolores Gasset. Dos años más tarde se casa con ella. Los Gasset son una familia catalana de origen francés en la que predominan los militares. Eduardo Gasset, el padre de Dolores, es un liberal que ha sido ministro y ha hecho del periódico el órgano oficial de la monarquía liberal.

Disponemos de dos magníficas biografías de Ortega. La primera se debe a Javier Zamora Bonilla (2002); la segunda, a Jordi Gracia (2014). De ambas se nutre esta glosa. El filósofo nace en mayo de 1883, en plena Restauración, junto al madrileño parque de El Retiro. En la casa reina un ajetreo constante de sirvientes, cocineras y niñeras a cargo de la prole. Por ella verá desfilar a las grandes figuras de la vida política y cultural de su tiempo. Con cuatro años, en un verano en El Escorial, aprende a leer y desde muy pronto manifiesta ansias de conocimiento y dotes intelectuales: una gran capacidad lectora y una memoria prodigiosa. La familia celebra su inteligencia. Es un niño bueno y formal, pero un tanto repelente. Estudia el bachillerato con los jesuitas en Málaga. Junto al Mediterráneo tiene sus primeras ensoñaciones. Sus cartas desde el internado, trufadas de citas en francés y comentarios sarcásticos, no están exentas

de pedantería para un muchacho de su edad. Ya desde esa época es un lector insaciable, y con doce años pide a sus padres que le envíen las obras de Homero, Tucídides, Eurípides y Esopo. Como en el caso de Nietzsche, al que lee en francés, su imaginación se forja con los mitos griegos.

A pesar de la influencia jesuítica, o debido precisamente a ella, de adolescente pierde la fe católica. No hay crisis ni aspavientos. Sus educadores le parecen mezquinos y supersticiosos, gente falsa y viciosa, dispuesta a venderse por unos cuartos. Los jesuitas han educado a las clases adineradas del país y no han logrado que construyan una cultura nacional. Lo más inteligente es huir. Desde entonces mantiene las distancias con las obsesiones jesuíticas, aunque nunca será anticlerical.

Estudia Derecho en la Universidad de Deusto, pero abandona la carrera y se gradúa en Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid. La última asignatura que aprueba es Árabe. Necesita dinero para comprar libros y publica algunos artículos en el *Faro de Vigo*; en esa ciudad gallega pasa las vacaciones con su tío Ramón Gasset. Lee con voracidad a Balzac, Chateaubriand, Renan y Nietzsche. Filosóficamente, conecta con el «loco de Sils-Maria». Pero sospecha que, para lo que quiere hacer, las letras no bastan. Necesita saber mecánica, matemáticas, biología. Así lo confiesa en una carta a su padre. Se propone el «proyecto magno, tal vez heroico», de hacerse ingeniero en varias especialidades. El perspectivismo comienza a florecer. Se imagina como uno de los españoles con más puntos de vista. La familia le ayu-

da, es de las más influyentes del país. Su padre es diputado, su hermano Eduardo lo será pronto, su tío Rafael es ministro y su entorno controla el diario más importante de la nación.

En 1902 inicia su relación con Rosa Spottorno, de buena familia, hija de militar, rubia de ojos azules, inteligente y discreta. Rosa es una niña de sociedad y la relación comienza sin arrebatos ni romanticismos. Los ritos de seducción de la burguesía madrileña son sencillos. «Los muchachos caminaban por las calles unos pasos detrás de las jovencitas por las que sentían inclinación cuando estas iban, decentemente acompañadas, a misa o a pasear. Si el muchacho tenía cierto interés para la madre, esta le daba pie a acercarse y cortejar a la hija» (Zamora Bonilla). Así debió suceder con José, de dieciocho años, y Rosa, de diecisiete. Recién licenciado, sueña con ser un hombre de conocimiento. Gasta mucho en libros. Como hemos dicho, planea estudiar varias ingenierías, biología y ciencias. Se debate entre la literatura y la ciencia. Imagina su futuro en la universidad, la política o el periodismo crítico. Esa combinación de inquietudes le acompañará toda la vida. Siempre será un joven ardiente inclinado a la emoción de la metáfora antes que a la frialdad del concepto.

En esa época, Maeztu describe al recién licenciado como un muchacho correcto y juicioso. Nada bohemio, muy «hijo de familia». Un señorito elegante que se toma en serio su latín y sus lecturas filosóficas. Su favorito es Platón, pero también lee a Darwin y a los clásicos españoles. Se refugia en el Ateneo, que le ofrece una biblio-

teca surtida y silenciosa. Viste a la moda modernista, con sombrero de paja y traje oscuro de tres piezas. Lleva bastón y bigote recortado y, por sus maneras, aparenta más edad de la que tiene.

PRIMER MOVIMIENTO

Un filósofo riguroso no puede serlo si no conoce la cuna de la filosofía europea, que ya no es Grecia ni Italia, sino Alemania. En 1905 viaja a Leipzig y se matricula en la universidad. La familia le ayuda económicamente. Cursa algunas asignaturas y asiste a otras como oyente. Sufre una conmoción. Se da cuenta de que no sabe nada. Por entonces tampoco sabe mucho alemán, de modo que es muy probable que se perdiera en las clases y fuera incapaz de seguir el hilo de las argumentaciones. Pero ahí está, en la patria de la filosofía, dispuesto a darlo todo por el conocimiento, por la búsqueda de la verdad, «aunque no exista». Pasea por el zoológico con su nuevo amigo Max Funke, que ha estudiado Psicología y quiere viajar al Tíbet. Vive sus primeros encuentros serios con Descartes y Spinoza. Puede leer a Platón en griego, y su latín es más que decente.

Intenta no ocasionar gastos excesivos a su familia y le envía artículos a su padre para que los publique en *El Imparcial*. Alquila una habitación en una vivienda particular. No quiere pasar por el bochorno de compartir mesa en una casa de huéspedes y no entender lo que se dice. Estudia a todas horas y sale solo para comer y esti-

rar las piernas. Por entonces cree que los países meridionales únicamente saldrán de su decadencia si incorporan la moral alemana y su devoción por la ciencia. Lleva una vida solitaria. Apenas habla con nadie. Duda entre sus diversas vocaciones: la filosofía, la filología y el periodismo. Escribe a su novia en una prosa donde asoman el romántico y el iconoclasta: «Tus ojos son lo único que justificaría la existencia de Dios. Tus ojos son Dios y paraíso y Virgen y religión, y la humanidad toda y yo, tus ojos son todo». Le gusta escandalizarla y se queja de que acuda a los ejercicios espirituales de los jesuitas, «antiartísticos e inhumanos», y tenga que oír sus negras monsergas. Le confiesa sus ambiciones de gloria: «Cuando muera espero haber dejado un surco hondo, fecundo, en la historia de España».

Cansado de la soledad de Leipzig, se traslada a Berlín. La ciudad le parece más abierta y afrancesada. Le propone a su padre que lo nombre corresponsal en la capital alemana. Asiste a eventos diplomáticos y cubre la estancia de Alfonso XIII en la ciudad. Tras ocho meses en Alemania, se siente más preparado para adentrarse en el pensamiento germánico. Siente que domina a Kant «como ningún español», gracias a Georg Simmel y Hermann Cohen. Espera ser el primer español que lo estudie a fondo. En sus ensayos, imita el estilo libre de Simmel, al que defiende frente al academicismo reinante. Su desdén por la «monserga académica» irá creciendo. Empieza a sospechar que la universidad, con sus ritos y costumbres, con su parsimonia, puede arruinar la vitalidad del pensamiento, reduciéndolo a momia o esqueleto.